
La guerra en el estudio de las Relaciones Internacionales

Marcos Cueva Perus*

*¿Qué hacer si sus peores enemigos
son infinitamente mejores que usted?
Eso no sería nada. El problema surge
cuando los mejores amigos
son peores que usted.
Lo peor es tener sólo enemigos.
No. Lo peor es tener sólo amigos.
Pero ¿quién es el enemigo?
¿Usted o sus enemigos?
Hasta la vista,
amigo***

De una manera general, el estudio de la guerra ha ocupado un lugar secundario en las Relaciones Internacionales, y por distintos motivos, aunque sería imposible enumerarlos todos aquí: el hecho es que se ha llegado a considerar el fenómeno como algo tan natural como la existencia de la humanidad, cosa que no es, a fin de cuentas, del todo falsa. Se ha identificado a la guerra con una barbarie coyuntural que impide el progreso, ya que éste debería llevar a una “paz perpetua”, que suele entenderse por lo demás —y de manera probablemente absurda— cual ausencia de todo conflicto o toda “contradicción”; y, *last but not least*, porque luego de un siglo XIX supuestamente exento de guerras (en la medida en que luego del fracaso napoleónico y la larga Paz de Metternich no las hubo en Europa, aunque se olviden las masacres coloniales), los acontecimientos bélicos del siglo XX fueron atribuidos a toda prisa y de manera exclusiva a la Guerra Fría (que no existía en 1914) y la “amenaza soviética” (que no existía entre 1914 y 1918) aunque, de mane-

ra paradójica, dicha “guerra” (que nunca fue tal) significara la paz en Europa, y nada más que en Europa.

Desafortunadamente, el peso del negativismo, el alarmismo y el sensacionalismo en los medios de información masiva actuales es tal que el internacionista ya no suele preguntarse, como sugería hacerlo el escritor alemán Hermann Hesse en 1914, año en el que se desató la Primera Guerra Mundial: “... los escritores, artistas y periodistas debemos pensar si nuestro trabajo consiste en empeorar las cosas, ante la realidad y lo infausto de la situación actual...”.¹ Para Hesse, “la eliminación de la guerra continúa siendo nuestro más noble propósito...”, y en particular el propósito del humanismo y de la ética cristiana occidental,² pese a que la guerra sea tan vieja como la humanidad (¿es acaso el de guerrear el oficio más viejo del mundo?), y ello en

¹ Hermann Hesse, *Y si la guerra continúa*, Editores Mexicanos Unidos, México, 6ª ed., 1992, p. 14. Hesse critica la manera y el “tono” en que la intelectualidad se inmiscuye en las “tomas de partido” en la guerra, y señala: “... todas estas manifestaciones, desde el ‘rumor’ perversamente inventado hasta el artículo quemante, desde el boicoteo del arte hasta la denigración de naciones por entero; se producen por falta de pensar en una abulia mental que es perfectamente perdonable en el soldado que está en el frente, pero de todo punto incomprensible en un artista o un escritor precavido”. En este sentido, del mismo modo en que seguramente sea erróneo ver terroristas por doquier, en el pasado lo haya sido ver “imperialistas” por todas partes, y homologarlo todo en Estados Unidos, el Tercer Mundo o donde fuere.

² *Ibidem*, p. 18.

* Doctor en Economía Internacional por la Universidad de Pierre Mendès-France. Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

** Roque Dalton, “Conversación tensa” en *Un libro ligeramente odioso*, pról. de Elena Poniatowska, Letra, col. Poesía, México, 1988, p. 84.

medio de una certidumbre: “sabemos que todos los políticos del mundo están en favor de la revolución, de la razón y de rendir las armas; pero solamente las del campo enemigo, no las del propio bando”,³ aunque ahora sepamos también que a finales del siglo XX no todo ocurrió de ese modo, y nos hayamos sorprendido por algo que las generaciones anteriores, como la de Hesse, ya sabían: la paz “es infinitamente compleja, inestable y frágil —un leve soplo la destruye”, “más difícil e insólita que cualquier logro intelectual”, por lo que sobre todo se desea, se siente y se busca, y dista mucho de ser un estado paradisíaco o natural,⁴ de acuerdo con lo que sugiriera el escritor alemán en 1918, poco antes de que naciera el estudio de las Relaciones Internacionales, en 1919.

El estudio de las Relaciones Internacionales no es el único que no haya logrado explicar a fondo las causas y los efectos a mediano y largo plazo de las guerras: la Economía no lo ha conseguido, pese a los esfuerzos por vincular a la guerra con los ciclos económicos (se ha hecho a propósito de Estados Unidos con cada vez mayor frecuencia: “necesitan una guerra para reactivar la economía”, aunque los vínculos no están bien probados, o son en todo caso polémicos); la Antropología tampoco, aunque Margaret Mead, por ejemplo, sobre la base del estudio de algunas sociedades primitivas, haya concluido que la guerra es una invención cultural y no una “necesidad biológica”.⁵ Así las cosas, sería absurdo pretender zanjar una problemática que en los últimos tiempos se ha colocado en términos apocalípticos y por completo ahistóricos, con sólo ver las imágenes de las Torres Gemelas de Nueva York envueltas en fuego el 11 de septiembre de 2001, o creer a ciegas en ciertas “opiniones” del tipo “el musulmán es belicoso”, cuando, a diferencia de lo ocurrido, por ejemplo, durante la Guerra del Golfo Pérsico en 1991 (se produjeron manifestaciones en Argelia y otros países árabes contra la Operación *Tormenta del desierto*, aunque otros hayan participado en ella del lado “aliado”), no hubo una sublevación musulmana generalizada en defensa de los talibanes afganos (ni siquiera en Arabia Saudita, donde aún se acostumbra lapidar mujeres). En todo caso, los hechos del 11 de septiembre de 2001 desmintieron que estén “chocando” las civilizaciones,

puesto que, desde Indonesia hasta Mauritania, no hubo sublevación alguna de los musulmanes del mundo contra Estados Unidos. Ni siquiera las hubo en Estados Unidos, pese a que —se olvida con frecuencia— una parte de la población negra de ese país tiene al Islam por religión.

Lo que sí puede saberse ahora, con mayor precisión y gracias a un trabajo historiográfico más preciso, es que, además de 1962, hubo otros momentos en el siglo XX durante los cuales el mundo estuvo al borde de la catástrofe nuclear. En 1960, el derribo de un avión espía U-2 estadounidense sobre espacio aéreo soviético y la captura del piloto, Gary Powers, arruinó una cumbre entre los mandatarios soviético, Nikita Jrushov, y estadounidense, Dwight D. Eisenhower, que debía celebrarse a mediados de ese mismo año. El historiador británico Robert Service sugiere que, en 1962, Fidel Castro, de manera temeraria y aprovechando la fanfarronería de Jrushov, le solicitó a éste, antes de que los misiles soviéticos llegaran a Cuba, que bombardeara ciudades estadounidenses, cosa de la que el dirigente del *Kremlin* se desentendió.⁶ De igual modo, el ya fallecido líder chino, Mao Zedong, poco antes de la ruptura entre China y la Unión Soviética porque ésta última abogaba por la coexistencia pacífica con Estados Unidos, llegó a sostener que una guerra nuclear podía ganarse, que habría sobrevivientes, y que cuando se dissipara el “hongo nuclear” quedaría un “bello sistema” que remplazaría al “imperialismo”, a lo que Jrushov contestó que ningún “mundo nuevo” podía edificarse sobre “cadáveres y ruinas” donde “los vivos envidiarían a los muertos”.⁷ Finalmente, a principios de los años ochenta, cuando el entonces presidente estadounidense Ronald Reagan desencadenó su cruzada contra el “Imperio del mal”, el derribo de un avión de pasajeros sudcoreano KAL-007 sobre espacio aéreo soviético desencadenó tal tensión entre Moscú y Washington que el entonces líder soviético, Yuri Andropov, informado por lo demás de la posibilidad de un ataque nuclear real por parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, llegó a pensar en poner a la otrora Unión Soviética en estado de máxima alerta.⁸

A partir del 11 de septiembre del 2001, el temor a la guerra volvió a despuntar en el horizonte: en Afganistán

³ *Ibidem*, p. 50.

⁴ *Ibidem*, p. 77.

⁵ Margaret Mead, “La guerra es sólo una invención y no una necesidad biológica” en J. A. Vázquez, *Relaciones internacionales. El pensamiento de los clásicos*, Limusa-Noriega Editores, México, 1994, pp. 265-269.

⁶ Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 403.

⁷ Ronald E. Powalski, *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 184.

⁸ Robert Service, *op. cit.*, p. 403.

primero, en Iraq después, y por último en Corea del Norte, todo ello a la par con la reanudación de la carrera armamentista, por lo menos en los países desarrollados (con Estados Unidos a la cabeza), y en particular en el terreno nuclear y el del espacio. Sin embargo, también es un hecho llamativo que las guerras, en comparación con el siglo XX, se hayan extinguido en casi todo el mundo: para principios del año 2003, no había conflictos armados de gravedad y alcance global en América Latina y el Caribe, ni en África, ni en la mayor parte del continente asiático, ni en Europa y, de nueva cuenta, parecía abrirse la posibilidad de una larga paz y del recurso a la no violencia que reclamara Leon Tolstoi y practicara Mahatma Gandhi.⁹ Junto con lo anterior, también es cierto que las instituciones (en particular la Organización de Naciones Unidas) encargadas de limitar las posibilidades de una o varias guerras se habían debilitado, aunque no parecía que fuese definitivo.

Más allá de lo anterior, el estudio de la guerra siempre osciló entre considerarla como un bien o un mal absolutos sobre la base de la siguiente interrogante: ¿Es una actividad “humana” o “inhumana”? Ya sea quienes los enviaron o quienes fueron partidarios de sacarlos, no hubo demasiados estadounidenses para ocuparse de los veteranos de Vietnam en Estados Unidos terminada la guerra en el país asiático, y lo que en un principio llegó a filmarse como la tragedia individual de “Regreso sin gloria” derivaría luego en “Apocalipsis ahora” o “Pelotón”. A partir de 1991, la “opinión pública” estadounidense parecía haberse desprendido en parte del “síndrome de Vietnam”, a tal punto que alguien como Arthur Schlesinger Jr. se preguntaba (en cierta medida de forma apresurada) “dónde quedaron las protestas” en un país que podía estar orgulloso de su tradición de disidencia y de debate, la esencia misma de la democracia.¹⁰ En la extinta Unión Soviética,

⁹ Para Tolstoi, la guerra era incompatible con el ideal cristiano, y así hubo de escribirse a Gandhi: “En la aceptación del cristianismo, aunque sea en la forma tergiversada en que se profesa, y en el reconocimiento a la par con ello de la necesidad de los ejércitos y del armamento para el homicidio, en las más ingentes proporciones durante las guerras, ahí radica la flagrante, escandalosa y palmaria contradicción”, que debía colocar a los gobiernos entre “ser o no ser”. Leon Tolstoi, *Cartas*, Bruguera-Libro Amigo, Barcelona, 1984. Desafortunadamente, mientras muchos ejércitos del Tercer Mundo (en África por ejemplo) corrían el riesgo de desaparecer como instituciones, la fascinación por la tecnología bélica y el rearme había vuelto en el Primer Mundo.

¹⁰ En particular, Schlesinger recuerda que el hecho de que exista un “estado de guerra” no anula la libertad de conciencia individual, ni la Primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos. Schlesinger recuerda también cuán impopular fue la guerra contra México en 1848, cuando Henry David Thoreau escribió su popular ensayo sobre el derecho a la “de-

quienes regresaron de Afganistán fueron tratados con el desprecio de una “opinión pública” que, por los motivos que fueran, sólo a escondidas se atrevía a criticar los disparates de Leonid Brezhnev (máximo dirigente soviético en el momento de decidir la intervención soviética en Afganistán, en 1979), con el pecho lleno de medallas por batallas que nunca libró en la Segunda Guerra Mundial, y envuelto en los peores escándalos de corrupción.

Con esto queremos decir que si la guerra les produce a algunos cierta fascinación fanática, podrían ser los mismos que no la aceptan en el espejo de los vencidos: “la victoria tiene cien padres, y la derrota es huérfana”, afirmó alguna vez el fallecido presidente estadounidense John F. Kennedy. En otros términos, la guerra ha ejercido un efecto ambivalente sobre las sociedades modernas, de atracción y repulsión a la vez, y resulta todavía más paradójico que quienes participan en ella, los soldados en particular, puedan pasar de ser glorificados a convertirse en chivos expiatorios sujetos a rechazo. Es probable que a la guerra se le haya rendido culto, como a su dios griego (el dios Marte), y que se le haya mitificado, que se haya hablado más de ella que de la forma de construir la paz, y que, a fuerza de convertirla en espectáculo, se haya olvidado que cuando se trata de la vida de otros (y no del furor de quienes promueven la guerra para otros, pero no la combaten), vale más la pena abogar hasta el último por la paz y ser “ahorrativos”, en lugar de limitarse al cálculo costo-beneficio, incluso en términos de vidas, dado por “racional” o “normal”. El carácter en extremo violento del siglo XX seguramente abonó el terreno para el peor enemigo de la paz y el mejor amigo de la guerra: el fatalismo.

En todo caso, y contra lo que muchos esperaban, las guerras no terminaron del todo luego del fin de la Guerra Fría, y se prolongaron por lo menos una década más, al margen de “nuevos” conflictos, como el de Afganistán, a principios del siglo XXI. Por el interés que pueden representar para el estudio de las Relaciones Internacionales, conviene sintetizar aquí algunas de las hipótesis de Mary Kaldor sobre las “nuevas guerras”, que corresponderían a la “era global”.¹¹ De

sobediencia civil”, y la Cámara de Representantes consideró que el presidente de Estados Unidos la había comenzado de manera innecesaria e inconstitucional. Arthur Schlesinger Jr., “What ever happened to protest?” en *Newsweek*, diciembre 2002-febrero 2003, Nueva York, pp. 24-25.

¹¹ Mary Kaldor, *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001.

acuerdo con la autora, dichas “nuevas guerras” ya no se producirían entre Estados nacionales, en la medida en que la “globalización” los debilita y hace que pierdan el “monopolio de la violencia legítima”: serían guerras “privatizadas” e “informales” (ya ni siquiera “conflictos de baja intensidad”), en alianza entre localismos e intereses globalizados, que afectarían cada vez más a los civiles, basadas en una economía “informal” o ilegal, y cuya meta sería la movilización política basada en la “identidad”, frente a todo lo cual habría que levantar el reclamo del respeto a leyes cosmopolitas.¹² Si muchas de las guerras más recientes no dejan de recordar, para Mary Kaldor, el periodo que media entre la caída del Imperio romano y el final de la Edad Media,¹³ el hecho es que se caracterizan por la difuminación de las fronteras entre lo público y lo privado, lo interno y lo externo, lo económico y lo político, lo civil y lo militar, y la indistinción entre portadores legítimos y no legítimos de armas.¹⁴

En esta misma perspectiva de redefinición sobre la guerra, pero para justificarla en vez de oponérsele, Michael Waltzer ha producido, en este caso desde una perspectiva definida como socialdemócrata, una obra que recuerda también temáticas medievales, y que se preocupa por la relación entre guerra, política y moral. Comienza por prevenir sobre lo que, a nuestro juicio, es (o era) casi indudable:

la guerra es un mundo aparte; un mundo en el que está en juego la propia vida, en el que la naturaleza humana se ve reducida a sus formas más elementales, en donde prevalecen el interés propio y la necesidad. En un mundo semejante, los hombres y las mujeres no tienen más remedio que hacer lo que hacen para salvarse a sí mismas y a la comunidad a la que pertenecen, de modo que la moral y la ley están fuera de lugar.¹⁵

Curiosamente, esta definición, a la postre, no sería demasiado distinta del modo en que muchos conciben

¹² Mary Kaldor se basa en la noción kantiana de derecho cosmopolita, que acompaña el reconocimiento de soberanías separadas. El “patriota cosmopolita” es un “cosmopolita arraigado, apegado a un hogar propio, con sus propias peculiaridades culturales, pero que disfruta de la presencia de personas diferentes”, de acuerdo con la propuesta de definición de Anthony Appiah. Véase Mary Kaldor, *op. cit.*, p. 115.

¹³ *Ibidem*, p. 32.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 36-37.

¹⁵ Michael Waltzer, *Guerra, política y moral*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 31.

la vida actual “en sociedad”. En esta perspectiva, poco tiene que ver la guerra con una película de aventuras estadounidense de John Wayne o con “Combate”, aunque algunos lleguen a considerarla así, desde el momento en que se asume que “cuando las armas hablan, las leyes callan” (*Inter arma silent leyes*). En caso de que esta apreciación fuera cotejada con las hipótesis de Mary Kaldor, no sería aventurado sugerir que no son las guerras las que habrían estado produciendo en los últimos años la desintegración social, y con ella el atrincheramiento de cada quien en cuanto identidad privada se asome, sino a la inversa, en particular por la fragilidad creciente del Estado, al que Burke definiera como contrato entre “los vivos, los muertos y los que aún no han nacido” (recuerda por lo demás a Herodoto: “nadie es tan necio que prefiera la guerra a la paz: en ésta los hijos entierran a sus padres, en aquella, los padres a los hijos”¹⁶).¹⁷ En este orden de cosas, muchas de las guerras que se produjeron en la última década del siglo XX habrían sido el resultado de la pérdida de cohesión social en distintas sociedades, que habrían buscado restablecerla con la virtual “fabricación de identidades”, “chivos expiatorios” y pugnas armadas caóticas y difíciles de descifrar, habida cuenta del derrumbe de toda ley y toda moral.

Como sea, Waltzer trata de definir los límites dentro de los cuales una guerra es justa o no, y llega a la conclusión de que es justa una guerra que debe ser ganada, porque existe el imperativo moral de la victoria. Waltzer reclama por lo demás la distinción entre *jus ad bellum* y *jus in bello*, justicia “de la guerra” y justicia “en la guerra”:¹⁸ reivindicaría en el límite, o abriría la puerta para hacerlo, una guerra con reglas y convenciones claras (por ejemplo, sin afectar a la población civil). En cierto modo, es un regreso al general prusiano Karl von Clausewitz, observador de la campaña napoleónica en Rusia, y para quien resultaba incomprensible el modo en que los cosacos se encarnizaban con las tropas francesas, matándolas en plena retirada y mediante el pillaje. Como señala en todo caso Luis Herrera Lasso, las “convenciones” deberían tender a cuidar, tal como lo propusiera el antiguo estratega chino Sun Tzu, por lo menos de lo siguiente: el enemigo “en su coraje y valor es capaz de aceptar con honor la derrota, pero

¹⁶ Jean Meyer, “La historia de la humanidad es la historia de la guerra (Winston Churchill)” en *Istor*, núm. 8, Centro de Investigación y Docencia Económicas, México, año II, primavera 2002, p. 4.

¹⁷ Michael Waltzer, *op. cit.*, p. 61.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 59-85.

nunca la humillación”.¹⁹ ¿Habría que crear “leyes de guerra” para el siglo que comienza, aceptando —por ejemplo— con Kal Holsti que el actual esquema estadounidense podría estar “dirigido contra China” y que el Estado-nación sigue siendo la unidad relevante dentro de las relaciones internacionales, o inclinarse por el parecido entre algunas guerras contemporáneas y la Guerra de los Cien Años o la Guerra de los Treinta Años²⁰ en el medioevo? El hecho es que las tesis de Waltzer (para quien el pacifismo es una opción carente de realismo) parecieran justificar de antemano las “guerras del futuro” y la definición arbitraria (y por ende la confusión entre justicia y humillación arbitraria) sobre su “causa justa” (*just cause* puede convertirse en *just because*), y hasta el modo de asegurar la victoria: por ejemplo, con la “eficiencia, eficacia y garantía” que pretendía lograr Douglas McArthur en China luego de la Segunda Guerra Mundial.²¹

Más allá de la imagen “de contrato” (que en realidad se rompió) entre “los muertos, los vivos y los que están por nacer” y del “gran juego” entre las “potencias”, cabría recordar que, durante la Segunda Guerra Mundial:

- 1) no fueron respetados los no-combatientes, si se toman en cuenta, por ejemplo, los bombardeos alemanes sobre Londres o los aliados sobre Alemania (ni qué decir, desde luego, del exterminio sistemático de los judíos);
- 2) Alemania no libró determinadas campañas sola, sino como “coalición de aliados”, de tal forma que en el frente ruso, por ejemplo, peleaban “a pie” italianos, rumanos, croatas, ucranianos, lituanos (entre otras nacionalidades), mientras las operaciones “eficientes, eficaces y bajas en costos” quedaban en manos de alemanes (operaciones

aéreas, por ejemplo), del mismo modo en que otros países enrolaban tropas originarias de sus colonias (Francia, Gran Bretaña);

- 3) la guerra “formal” se acompañó con frecuencia de atroces guerras civiles, como ocurrió en los Balcanes, donde Alemania prácticamente se limitó a “supervisar” que los yugoslavos se despedazaran entre sí (croatas y bosnios-musulmanes contra serbios y montenegrinos, serbios contra serbios), cosa que también sucedió en parte en la Unión Soviética;
- 4) la “ayuda humanitaria” fue en muchos casos cuidadosamente utilizada no en función de los intereses de los no combatientes, sino de otros en pugna (como la otorgada por Gran Bretaña a Tito y la población que lo apoyaba para evitar que se inclinara por entrar en el bloque soviético terminado el conflicto); y
- 5) las fronteras a las que se refiere Mary Kaldor se desdibujaron durante la Segunda Guerra Mundial, por lo que los actos de saqueo, bandidaje, criminalidad pura, la confusión entre lo público y lo privado, lo económico y lo político, y entre portadores legítimos e ilegítimos de armas eran tan frecuentes (baste recordar además la forma en que Hitler, que había pensado en una serie de “victorias eficientes” relámpago, y de un modo prusiano, acabó reclutando jóvenes adolescentes o niños cuando creía que aún era posible revertir el resultado de la guerra), como el aumento de la delincuencia entre civiles y soldados en varios países durante la guerra.

En Europa, alguna cicatriz, no de odios “ancestrales”, sino de la última guerra, debe haber quedado, a juzgar no sólo por lo ocurrido en la extinta Yugoslavia, sino también por el resurgimiento de “neofascismos” en varios países de Europa Occidental. Pero no es necesario ir tan lejos, si se toma en cuenta que otro colaborador del nacional-socialismo alemán (“supervisor” de campos de concentración en Yugoslavia), el austriaco Kurt Waldheim, habría de ser secretario general de la ONU en la segunda posguerra del siglo XX.

Habida cuenta de la tendencia en el estudio de las Relaciones Internacionales (en el que destacan el realismo, pero también en tradiciones herederas del marxismo “conspirativo”) a no creer más que en el “poder” y sus “conspiraciones”, adquiere interés que un acucioso estudioso de la guerra, Gabriel Kolko, haya afir-

¹⁹ Luis Herrera Lasso, “Pensadores y artífices de la guerra: de Karl von Clausewitz a Osama Bin Laden” en *Istor, op. cit.*, p. 82. De acuerdo con Luis Herrera Lasso, Clausewitz fue el primero en identificar a la guerra como un fenómeno propio del Estado-nación moderno, y en establecer que: la guerra es la continuación de la política por otros medios; el conocimiento adecuado del enemigo es tan importante como la claridad de los objetivos que se persiguen; la guerra total consiste en el uso de todos los medios disponibles para someter la voluntad política del enemigo; la guerra se suspende con la rendición de una de las partes; de la forma de hacer la guerra dependerá la manera de alcanzar la paz. Véase Luis Herrera-Lasso, *op. cit.*, pp. 82-96.

²⁰ Adam Jones, “El mundo y la guerra: entrevista con Kal Holsti” (trad. del inglés de Atenea Acevedo) en *Istor, op. cit.*, pp. 98, 106 y 108.

²¹ En 1950, McArthur propuso usar el arma atómica contra China, pero fue destituido por el presidente de Estados Unidos Harry S. Truman, que no estaba de acuerdo en ello. Ronald E. Powaski, *op. cit.*, p. 114.

mado que los conflictos bélicos suelen iniciarlos “un puñado de hombres” que padecen ceguera sancionada por la sociedad. En este sentido, en el rumbo hacia una guerra, cualesquiera que sean sus dimensiones, “los líderes políticos actúan con el consenso de un grupo escogido que excluye a los que no están de acuerdo y, por consiguiente, hay una transmisión de falsas informaciones e ilusiones engañosas sobre lo que implica una guerra”.²² En otros términos, una guerra puede ocurrir por errores colectivos y no sólo por “conspiraciones maquiavélicas”. En la actualidad es probable que la información circule con mayor facilidad, pero no puede afirmarse que se hayan disipado en cambio las ilusiones engañosas, por cuanto todavía no es posible medir el impacto de las transformaciones de un mundo donde no hay casi ámbito de la vida que no esté invadido u ocupado por la tecnología (incluyendo ejercicios de prospectiva que calculan cuánta y más técnica militar tiene tal o cual país).

En el campo de las Relaciones Internacionales, la mayoría de los títulos didácticos dejaron de ocuparse del tema de la guerra, lo cual no es del todo ilógico: se esperaba que el fin de la Guerra Fría (que concentró los estudios sobre las probabilidades y los riesgos de una guerra nuclear) produjera pronto sus frutos, y la violencia durante el siglo XX debió llevar al hastío sobre lo bélico y la confusión entre poder y fuerza. Por lo demás, los problemas de todo tipo (económicos, polí-

ticos, sociales, ecológicos) llamaban, desde la última década del siglo XX, a la búsqueda de otra concepción, menos fatalista y más esperanzada, del futuro y las prioridades de lo que se dio en llamar, en tono “ejecutivo”, la “agenda global”. Como quiera que sea, y para no entrar en lo que llamaba el escritor alemán Thomas Mann, en un desesperado llamado en 1938, una “palabrería que aturde los espíritus”, no puede revestirse “la bestialidad con un hábito de ‘legalidad’, ni llamarse ‘cultura’ al terror que siembra la bajeza cuando se venga”,²³ pero mucho menos permitirse una crisis económica como aquella que hizo que los alemanes, ni buenos ni malos *per se*, se encaminaran por el fanatismo luego de la Primera Guerra Mundial y pusieran en riesgo lo que hoy se llamaría “solidaridad global”. Es probable que, en realidad, ninguna de las potencias haya quedado, a principios del siglo XXI, en estado de lanzarse a la disputa por el control del mundo: Rusia no podía hacerlo en medio de una debacle generalizada, ni China o India por sus problemas demográficos y ecológicos, entre otros, ni Europa por sus divisiones (aunque preservara una memoria de oposición a la guerra), y es probable que Estados Unidos, que venció en una confusa Guerra Fría, no haya alcanzado a discernir a tiempo, en la lógica “amigo-enemigo” que le era tan fascinante a la filosofía política alemana en los años treinta del siglo XX, entre un mundo de posibles amigos y otro de seguros enemigos.

²² Mary Kaldor, *op. cit.*, p. 44.

²³ Thomas Mann señalaba que el nacional-socialismo había albergado la idea de que “no se puede combatir contra él. Luchar contra él cuando sus tropas entran en alguna parte es, de por sí, un crimen; los pueblos deben someterse sin combatir y de buena gana, en vez de obligarlo a una guerra defensiva mediante una resistencia ignominiosa. El crimen se coloca como algo inatacable en esta tierra, cual poder que ha recibido la bendición de Dios y contra el que sería un sacrilegio de pena de muerte levantar la mano. El espíritu humano queda petrificado y pierde la voz ante tal impudicia apocalíptica”. Véase Thomas Mann, *Être écrivain allemand a notre époque*, Gallimard, Paris, 1996, p. 272.